

BRILLABA UNA GRAN ESTRELLA

POR

MARÍA RIBOT

EL niño estaba al acecho. Un ratoncillo diminuto corría por el borde de la carretera; se metía en un agujero de la cuneta y al poco rato asomaba el hocico, husmeaba nerviosamente y se movía rápido pero torpe, con un temblor que le agitaba desde el hocico hasta la punta del rabo. Sus orejas eran como la curva de un lazo color de rosa.

Con una piedra en la mano el niño esperaba el momento en que la bestezuela se quedase un poco quieta, pero en aquel momento salió una niña de una casa cercana y le llamó; ¡Martín! El niño hizo un movimiento de impaciencia y disgusto y el ratoncillo se ocultó. La tarde estaba cayendo después de un día de sol. Era la víspera del día de Reyes. Martín, un niño de unos siete años, dejó caer la piedra de su mano, se encaró con la niña que le había llamado y le dijo. —¿Qué quieres? Me lo has asustado; ahora que ya casi lo tenía... Martín, repitió ella. ¿Vendrás a esperar a los Reyes?

—¿Los Reyes? ¡Toma! ¿A qué no sabes quienes son los Reyes? Y, torciendo la boca con aire despectivo, como su padre hacía, terminó: Pues son los padres y las madres.

La niña hizo un gesto horrorizado y miró en todas direcciones por si alguien podía haberles escuchado. Un gran silencio planeaba sobre el suburbio, a la entrada del pueblo, con tres o cuatro casas al borde de la carretera. El cielo se volvía oscuro sin perder el azul. Sobre las montañas, a poca altura, brillaba una gran estrella con una luz clara, infinitamente pura. La niña se acercó a Martín con ojos asustados. Era de su misma edad, pero más rubia.

—¿Qué te pasa?—dijo el niño, ¿es qué he dicho algo malo? Escucha Martín, eso que has dicho de los Reyes no lo vuelvas a repetir nunca más, sino no te llevarán nada. —Ya lo sé que no me llevarán nada.—No eh? dijo la niña,— será porque eres malo. Mira, ves aquella estrella tan grande? Debe ser la estrella que guía a los Reyes.

—Si no tiene cola, tonta. Es la estrella del día. Me lo ha dicho mi padre que sabe más que tu. Yo lo he preguntado si me dejaba ir a esperarlos, y él me ha dicho eso... eso que tu dices que no hay que decir, —titubeó el niño.— Después de cenar me ha mandado a la cama y él ha cerrado la puerta de la calle y se ha ido a la taberna. Pera enseguida que se ha marchado he salido por la puerta del huerto, he saltado la tapia... como que mi padre vuelve tarde me iré a dar una vuelta por el pueblo.

Estaba obscureciendo. La estrella brillaba más aún. Martín entornó un poco los ojos y la miró. Con los ojos así veía que la estrella despedía unos haces luminosos y relampagueantes, vivísimos, que se alargaban y encogían cerrando y abriendo los párpados. La niña a su lado también miraba el cielo. Ya verás, —musitó Martín— si entornas los ojos parece que tiene cola.

Si claro, —dijo la niña.— Y no vuelvas a decir aquello, ni aunque lo supieras de verdad, de verdad. Y aunque no pudieras creer que los Reyes existen, has de creerlo; has de hacer como si lo creyeras, a la fuerza. O si no, no te dejarán nada en la ventana.

Martín se había emocionado un poco. Después de la revelación de su padre estaba esperando un consuelo así. Para eso no se había ido a dormir, como los otros días; para eso había saltado la tapia. Una fuerza que le mantenía tenso y despierto, dudando. ¿Le habría engañado su padre? Su padre nunca mentía. Pero, porqué no podrían pasar los Reyes para él? Con la niña y otros vecinos suyos se metieron en el pueblo a esperar a los Reyes. Los otros niños llevaban unos farolillos de papel listado de colores con una vela encendida den-

tro. A Martín le recordaban acordeones por la forma y caramelos de anís por el color. Con las manos en los bolsillos los seguía un poco triste pues no tenía farol, pero con una escondida esperanza de que si podía creer que los Reyes Magos existían, aunque por otra parte no lo creyera, quizá aquella noche le dejaran algo en la ventana. Cantaban gozosos, a gritos:

Vivan los Tres Reyes
del Oriente
que llevan turrone
a toda la gente.

Cuando pasaron por delante de la taberna del tío Bocoyes, Martín se detuvo para asegurarse de que su padre aún estaba allí. Se acercó a la ventana pero los cristales estaban empañados por el vaho del interior y no podía distinguir bien a los concurrentes. Por la acera venía un hombre, abrió la puerta y entró. Entonces Martín pudo ver por un momento a su padre y se sintió tranquilo. Su padre estaba sentado junto con otros hombres alrededor de una mesa. cerca del mostrador. Tenía naipes en las manos. El padre de Martín era un hombre moreno, con unos ojos algo atravesados. Llevaba siempre la boina encima de la frente y al hablar torcía la boca con una mueca de asco. Aquella noche los naipes se le daban bien. Jugaban ya la octava partida y se había metido dos duros en el bolsillo. La taberna estaba llena de gente, de hombres jóvenes y viejos, de humo y de un sordo ronroneo de palabras e interjecciones. Por las mañanas el local olía a escoba y lejía, a colilla apagada. Al caer la tarde y por la noche el humo del tabaco se pegaba a las paredes y subía al techo.

El padre de Martín y sus amigos, con la fiebre del juego en los ojos, seguían con los naipes. —Si llego a los tres duros me iré,— pensó nuestro hombre. Cuatro partidas más duraron media hora. El padre de Martín contó mentalmente las ganancias: dieciocho pesetas. Arrastró un poco la silla para apartarse de la mesa y se levantó. Mira, mira, se marcha pronto porque hoy gana, eh? —dijeron los otros. El se encogió de hombros y dijo: Buenas noches.

Caminaba lentamente por la acera, calle arriba, arrastrando los pies. Se sentía satisfecho y contento de sí mismo; un pueril orgullo irrazonado porque aquella noche el juego le iba bien. Era ya negra noche; se veía poca gente por las calles. Al volver una esquina un soplo de aire frío le hizo caminar más aprisa. Se detuvo después en el quicio de una puerta y encendió un cigarrillo. Le complacía ir recordando la manera como había ganado las arrugadas pesetas que su mano oprimía en el bolsillo. No le habían tocado muchos ases ni muchos tres, no. Pero si había tenido suerte con los caballos los reyes y las sotas. Recordaba sonriendo aquella jugada final de una partida en que con el rey de copas había ganado dos ases y un tres que los demás se

iban guardando. Con sus grandes manos de leñador, iba acariciando y restregando los billetes dentro del bolsillo; aquel dinero, tan alegremente ganado, era una tentación.

A mitad de la calle Mayor había una tienda con los escaparates más iluminados que las demás. Un niño estaba pegado a los cristales. —Si no fuera que está en la cama diría que es Martín, pensó el hombre. Se fué acercando lentamente. Martín estaba completamente absorto mirando los juguetes extendidos al otro lado del cristal. El padre de Martín se detuvo a su espalda. En el vestíbulo de la tienda había un Rey Mago de cartón, de tamaño natural, sentado, con una caja en la mano, con una ranura para depositar las cartas. El hombre lo miró atentamente, un poco extrañado de verlo igual que el rey de copa de los naipes, con la misma mirada bondadosa y la barba rubia. Permaneció un momento mirando al niño que aplastaba su nariz contra el cristal, empujándolo en un pequeño círculo difuso con su aliento. Puso su mano en un hombro del pequeño: —Martín, ¿qué haces aquí? Te dije que te fueras a dormir. El niño volvió la cabeza y por un breve instante miró a su padre con la misma expresión con que miraba los juguetes del escaparate; una mirada llena de ilusión y de deseo, de un deseo puro y fuerte. Fué sólo un momento, el breve tiempo que dura una mirada. Después, cuando el niño se dió perfecta cuenta de la situación, reflejó el espanto en sus ojos y su boca se contrajo en un rictus desilusionado; se encogió en un instintivo movimiento de defensa y una lágrima rodó por su mejilla. Su padre no hizo el menor movimiento, se quedó mirándolo atentamente como si lo viera por primera vez. Había descubierto en los ojos de su hijo, en aquel fugaz cambio de expresión, el recuerdo de una mirada que ya había olvidado. Pasó fugazmente por su cerebro, como un remordimiento, la imagen de la madre de Martín, muerta cinco años ha. Buscó la mano de su hijo que ahora le estaba mirando, extrañado de no recibir el castigo que suponía. —Vamos hijo, iremos a esperar a los Reyes. El niño parecía no comprender lo que pasaba. Su padre insistió: Anda hombre, di, ¿qué les has pedido? Entonces Martín se tragó el último sollozo ahogado y señaló tímidamente una pelota del escaparate, la más grande. Su padre miró receloso el precio marcado y estrujó las pesetas con rabia dentro del bolsillo; ahora ya casi le pesaba haberse conmovido por una mirada, pero ya no podía volverse atrás. Tomó la mano de Martín y decidió no pensar de momento en el dinero. Se fueron caminando calle abajo hacia su casa al borde de la carretera. Tendrás la pelota, hijo, —decía como si hablara consigo mismo. Martín, contento, dió un par de saltitos de satisfacción. Además les he pedido una caja de lápices de colores y una maquillina para sacarles punta, dijo Martín de carrerilla como si temiera que le interrumpiese. Bueno, repuso su padre alarmado, te llevarán esto y turrone y nada más.

Estaban saliendo del pueblo que a su espalda en aquella hora no era más que una masa oscura fileteada por un leve resplandor de las luces de la calle sobre los tejados. Llegaron a la carretera; desde allí se veían mucho mejor las estrellas. Martín buscaba con los ojos la estrella grande que había visto al anochecer, pero ahora había muchas, el cielo estaba lleno, pero se sintió igualmente agradecido; un escalofrío le recorrió la espalda. Su padre sintió la sacudida en la mano. —Tienes frío, verdad? Debiste coger la bufanda Martín seguía mirando a las estrellas, con una confianza ilimitada en su padre. —No padre, no tengo frío, contentó.

Estaban llegando a su casa. Debía estar tirando de felicidad.

